

¿CÓMO HACER? No ¿*Qué hacer?* ¿*Cómo hacer?* La cuestión de los medios. No la de los fines, de los *objetivos*, de lo que hay *que hacer*, estratégicamente, en lo absoluto.

La cuestión de lo que *podemos* hacer, tácticamente, en situación, y de la *adquisición* de esa potencia.

¿Cómo hacer? ¿Cómo desertar? ¿Cómo funciona? ¿Cómo conjugar mis heridas y el comunismo? ¿Cómo permanecer en guerra sin perder la ternura?

## TIQQUN

*Órgano de enlace del Partido Imaginario*



### ¿Cómo hacer?



Ediciones Extáticas

TIQQUN

⌘

**¿Cómo hacer?**

Originalmente publicado en *Tiqqun* nº 2

Traducción al castellano extraída de *Tiqqunim* y cotejada con la versión original:

<https://tiqqunim.blogspot.com/2013/01/como.html>

Ediciones Extáticas

[edextaticas@riseup.net](mailto:edextaticas@riseup.net) / [edicionesextaticas.noblogs.org](http://edicionesextaticas.noblogs.org)

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en el año 2021

*Don't know what I want,  
but I know how to get it.*  
Sex Pistols, *Anarchy in the UK*

# I

VEINTE AÑOS. Veinte años de *contrarrevolución*. De  
contrarrevolución *preventiva*.

En Italia.

Y fuera de Italia.

Veinte años de un sueño espinoso con cercas, poblado de  
guardianes De un sueño *de los cuerpos*, impuesto por el toque de  
queda.

Veinte años. El pasado no pasa. Porque la guerra continúa. Se  
ramifica. Se prolonga.

En una reticulación mundial de dispositivos locales. En una  
calibración inédita de las subjetividades. En una nueva paz  
superficial.

Una paz *armada*

hecha de manera perfecta para cubrir el desenvolvimiento de  
una imperceptible guerra civil.

Hace veinte años, fue

el punk, el movimiento del 77, el área de la Autonomía,  
los Indios metropolitanos y la guerrilla difusa.

De un golpe surgía,

como nacido de alguna región subterránea de la civilización,  
todo un contramundo de subjetividades

que ya no querían consumir, que ya no querían producir,  
*que ya ni siquiera querían ser subjetividades.*

La revolución era molecular, y la contrarrevolución no lo fue  
menos.

SE preparó ofensivamente,  
y después durablemente,  
toda una máquina compleja para neutralizar aquello que fuera  
portador de intensidad. Una máquina para desactivar todo  
aquello que *podiera* explotar.  
Todos los individuos de riesgo,  
los cuerpos indóciles,  
las agregaciones humanas autónomas.  
Luego fueron veinte años de estupidez, vulgaridad, aislamiento  
y desolación.  
¿Cómo hacer?

Levantarse. Levantar *la cabeza*. Por elección o por necesidad.  
Poco importa, en verdad, a partir de ahora. Mirarnos a los ojos  
y decir que volvemos a empezar. Que todo el mundo lo sepa, lo  
más rápido posible.

Volvemos a empezar.

Se acabó la resistencia pasiva, el exilio interior, el conflicto por  
sustracción, la supervivencia. Volvemos a empezar. En veinte  
años hemos tenido tiempo para ver. Hemos comprendido. La  
democracia para todos, la lucha «antiterrorista», las masacres  
de Estado, la reestructuración capitalista y su Gran Obra de  
depuración social,  
por selección,  
por precarización,  
por normalización,  
por «modernización».

Lo hemos visto, lo hemos comprendido. Los métodos y los  
objetivos. El destino que SE nos reserva. Y el que SE nos niega.  
El estado de excepción. Las leyes que ponen a la policía, la  
administración y la magistratura por encima de las leyes. La  
judicialización, la psiquiatrización, la medicalización de todo  
aquello que se sale del cuadro. De todo aquello que *se fuga*.

Lo hemos visto. Lo hemos comprendido. Los métodos y los objetivos.

Cuando el poder establece en tiempo real su propia legitimidad, cuando su violencia deviene preventiva y su derecho es un «derecho de injerencia», entonces ya no es útil tener razón. Tener razón *en su contra*. Hay que ser más fuerte, o más astuto. Es por esto también que volvemos a empezar.

Volver a empezar jamás es volver a empezar *algo*. Tampoco es retomar un asunto donde lo dejamos. Lo que volvemos a empezar es siempre *algo más*. Siempre es inaudito. Porque no es el pasado lo que nos impulsa, sino precisamente aquello que en él

*no ha*  
sucedido.

Y porque es mejor que *nosotros mismos*, entonces, volvemos a empezar.

Volver a empezar significa: salir de la suspensión. Restablecer el contacto entre nuestros devenires.

Partir,  
de nuevo,  
desde donde estamos,  
ahora.

Por ejemplo, hay algunos golpes que ya no se nos darán.

El golpe de la «sociedad». Para ser transformada. Para ser destruida. Por ser mejorada.

El golpe del pacto social. Que algunos quebrarían mientras que otros pueden pretender «restaurarlo».

Estos golpes, ya no se nos darán.

Hace falta ser un elemento militante de la pequeña burguesía

planetaria,  
un verdadero *ciudadano*,  
para no ver que ya no existe,  
la sociedad.

Que ella ha implosionado. Que es más sólo un argumento para  
el terror de los que dicen re/presentarla.  
Ella que se ha ausentado.

Todo lo que es social se nos ha vuelto extraño.  
Nos consideramos absolutamente desvinculados de toda  
obligación, de toda prerrogativa, de toda pertenencia  
*social*.

«La sociedad»  
es el nombre que a menudo se da a lo Irreparable,  
entre aquellos que también quisieran convertirlo  
en lo Inasumible.

Quien rechace ese señuelo tendrá que dar  
un paso de distancia.

Operar  
un ligero desplazamiento  
con respecto a la lógica común  
del Imperio y su contestación,  
la de la *movilización*,  
con respecto a su temporalidad común,  
la de la *emergencia*.

Volver a empezar significa: habitar esta distancia. Asumir la  
esquizofrenia capitalista en el sentido de una creciente facultad  
de *desubjetivación*.

Desertar *pero manteniendo las armas*.

Fugarse, imperceptiblemente.

Volver a empezar significa: sumarse a la secesión social, a la  
opacidad, entrar  
*en desmovilización*,  
sustrayendo hoy a tal o cual red imperial de producción-

consumo los  
medios de vivir y luchar para, en el momento oportuno,  
sabotearla.

Hablamos de una nueva guerra,  
una nueva guerra *de partisanos*. Sin frente ni uniforme, sin  
ejército ni batalla  
decisiva.

Una guerra cuyos focos se despliegan a distancia de los flujos  
mercantiles, aunque estén conectados a ellos.

Hablamos de una guerra totalmente latente. *Que tiene el tiempo*.

De una guerra *de posición*.

Que se libra ahí donde estamos.

En nombre de nadie.

En nombre de nuestra propia existencia,  
que no tiene nombre.

Operar ese ligero desplazamiento.

Ya no temerle más a su tiempo.

“No temer a su tiempo es una cuestión de espacio”.

En la okupa. En la orgía. En el motín. En el tren o el pueblo  
ocupado. Buscando, en medio de desconocidos, de una *free*  
*party* que nadie puede encontrar. Experimento ese ligero  
desplazamiento. La experiencia

de mi desobjetivación. *Devengo*

una singularidad cualquiera. Un *juego* se insinúa entre  
mi presencia y todo el aparato de cualidades que me son  
ordinariamente vinculadas.

A los ojos de un ser que, estando presente, quiere estimarme *por*  
*lo que yo soy*, saboreo la decepción, *su* decepción al ver que he  
devenido tan *común*, tan perfectamente

*accesible*. En los gestos de otro, es una complicidad inesperada.

Todo lo que me aísla como *sujeto*, como cuerpo dotado de  
una configuración pública de atributos, siento que se derrite.

Los cuerpos se deshacen en sus límites. En sus límites, se

indistinguen. Barrio tras barrio, lo cualquiera arruina la equivalencia. Y alcanzo una desnudez nueva, una desnudez *impropia*, como vestida de amor. ¿Escapa alguna vez uno solo de la prisión del Yo?

En la okupa. En la orgía. En el motín. En el tren o el pueblo ocupado. Nos volvemos a encontrar.

Nos volvemos a encontrar como *singularidades cualesquiera*. Es decir, no sobre la base de una pertenencia común, sino sobre la base de una *presencia común*.

Ésa es nuestra *necesidad de comunismo*. La necesidad de espacios nocturnos, en los que seamos capaces de volvernos a encontrar

más allá de nuestros predicados.

Más allá de la *tiranía* del reconocimiento. Que impone el reconocimiento como distancia *final* entre los cuerpos. Como separación ineluctable.

Todo lo que UNO —el prometido, la familia, el círculo, la empresa, el Estado, la opinión— me reconoce, así es como UNO piensa que me sujeta.

Por el recuerdo constante de lo que soy, de mis *cualidades*, Uno querría abstraerme de cada situación. Uno me querría arrebatar en toda circunstancia una fidelidad conmigo mismo que es una fidelidad *con mis predicados*.

SE espera de mí que me comporte como hombre, empleado, desempleado, madre, militante o filósofo.

SE quiere contener entre los bordes de una identidad el curso imprevisible de mis devenires.

SE me quiere convertir a la religión de una coherencia que SE ha escogido para mí.

Cuanto más soy *reconocida*, más se obstaculizan mis gestos, se obstaculizan *internamente*. Heme aquí atrapada en la malla ultraceñida del nuevo poder. En las redes impalpables de la nueva policía: LA POLICÍA IMPERIAL DE LAS CUALIDADES  
Existe toda una red de dispositivos donde me hundo para «integrarme», y que me *incorporan* esas cualidades.  
Todo un pequeño sistema de registro, identificación y policiaje mutuos.  
Toda una prescripción difusa de la ausencia.  
Todo un aparato de control comporta/mental, que apunta al panoptismo, a la privatización transparencial, a la atomización.  
Y dentro del que forcejeo.

Necesito devenir anónima. Para estar presente.  
*Cuanto más anónima soy, más presente estoy.*  
Necesito zonas de indistinción  
para acceder a lo Común.  
Para no *reconocerme* más en mi nombre. Para ya no escuchar en mi nombre más que la voz que lo llama.  
Para que adquiera consistencia el *cómo* de los seres, no lo que son, sino *cómo* son lo que son. Su forma-de-vida.  
Necesito zonas de opacidad donde los atributos, incluso criminales, incluso brillantes, ya no separen los cuerpos.

*Devenir* cualquiera. Devenir una *singularidad* cualquiera, no está dado.  
Siempre es posible, pero nunca dado.  
Hay una *política* de la singularidad cualquiera.  
Que consiste en arrebatar al Imperio las condiciones y los medios, incluso intersticiales, para experimentarse a sí mismo como tal.

Es una política, porque presupone una capacidad de  
enfrentamiento,

y porque una nueva agregación humana  
le corresponde.

Política de la singularidad cualquiera: despejar los espacios  
donde ningún acto es ya asignable a un cuerpo dado.

Donde los cuerpos vuelven a encontrar la aptitud para el *gesto*  
que la sabia distribución de los dispositivos metropolitanos  
—ordenadores, coches, escuelas, cámaras, teléfonos portátiles,  
gimnasios, hospitales, televisiones, cines, etc.— les había  
hurtado.

Reconociéndolos.

Inmovilizándolos.

Haciendo que giren en el vacío.

Haciendo que la cabeza exista separada del cuerpo.

Política de la singularidad cualquiera.

Un devenir-cualquiera es más revolucionario que cualquier ser-  
cualquiera.

Liberar espacios nos libera cien veces más que cualquier «espacio  
liberado».

Más que poner un poder en acto, gozo de la puesta en  
circulación de mi potencia.

La política de la singularidad cualquiera radica en la ofensiva.

En las circunstancias, los momentos y los lugares en que serán  
arrancados

las circunstancias, los momentos y los lugares  
de tal anonimato.

de una pausa momentánea en un estado de simplicidad,

la ocasión de extraer de todas nuestras formas *la pura adecuación*  
*a la presencia,*

la ocasión de estar, finalmente,  
*ahí.*

## II

¿CÓMO HACER? No ¿*Qué hacer?* ¿*Cómo hacer?* La cuestión de los medios.

No la de los fines, de los *objetivos*,

de lo que hay *que hacer*, estratégicamente, en lo absoluto.

La cuestión de lo que *podemos* hacer, tácticamente, en situación, y de la *adquisición* de esa potencia.

¿Cómo hacer? ¿Cómo desertar? ¿Cómo funciona? ¿Cómo conjugar mis heridas y el comunismo? ¿Cómo permanecer en guerra sin perder la ternura?

La cuestión es técnica. No un problema. Los problemas son rentables.

Alimentan a los expertos.

Una cuestión.

Técnica. Que se redobla como cuestión de las técnicas de *transmisión* de esas técnicas.

¿Cómo hacer? El resultado siempre contradice al fin. Porque plantear un fin es todavía un medio, *otro* medio.

¿*Qué hacer?* Babeuf, Chernishevski, Lenin. La virilidad clásica reclama un analgésico, un espejismo, cualquier cosa. Un *medio* para ignorarse un poco más. En cuanto presencia.

En cuanto forma-de-vida. En cuanto ser *en situación*, dotado de inclinaciones.

De inclinaciones *determinadas*.

¿Qué hacer? El voluntarismo como último nihilismo. Como nihilismo propio *de la virilidad clásica*.

¿Qué hacer? La respuesta es simple: someterse una vez más a la

lógica de la movilización, a la temporalidad de la emergencia. Bajo pretexto de rebelión. Plantear fines, *palabras*. Tender hacia su cumplimiento. Hacia el cumplimiento *de las palabras*. Mientras tanto, dejar la existencia para más tarde. Ponerse entre paréntesis. Alojarse en la excepción de sí. Lejos del tiempo. Que pasa. Que no pasa. Que se para. Hasta... Hasta el próximo. Fin.

¿Qué hacer? Dicho de otra manera: vivir es inútil. Todo lo que no has vivido, la Historia te lo devolverá.

¿Qué hacer? Es el olvido de sí lo que se proyecta sobre el mundo.

Como olvido del mundo.

¿*Cómo hacer?* La cuestión del *cómo*. No de *aquello* que un ser, un gesto o una cosa *es*, sino de *cómo* es lo que es. De cómo de relacionan sus predicados con él.

Y él con ellos.

Dejar ser. Dejar ser la brecha entre el sujeto y sus predicados. El *abismo* de la presencia.

Un hombre no es «un hombre». «Caballo blanco» no es «caballo».

La cuestión del *cómo*. La *atención* al *cómo*. La atención a la manera en que una

mujer es, y no es,

una mujer — hacen falta dispositivos para hacer de un ser de sexo femenino «una mujer»,

o de un hombre con la piel negra «un Negro».

La atención a la *diferencia ética*. Al *elemento* ético. A las irreductibilidades que lo atraviesan. Lo que sucede entre los cuerpos en una ocupación es más interesante que la ocupación misma.

¿*Cómo hacer?* significa que el enfrentamiento militar con el Imperio debe estar subordinado a la intensificación de las relaciones dentro de nuestro partido. Que lo político no es más que un cierto grado de intensidad *en el seno* del elemento ético.

Que la guerra revolucionaria ya no debe ser confundida con su representación: el movimiento bruto del combate.

La cuestión del *cómo*. Estar atenta al tener-lugar de las cosas, de los seres. A su acontecimiento. A la obstinada y silenciosa prominencia de su temporalidad propia bajo el aplastamiento planetario de todas las temporalidades por la de la emergencia.

El *¿Qué hacer?* como ignorancia programática de esto. Como fórmula inaugural del desamor atareado.

El *¿Qué hacer?* regresa. Desde hace varios años. Desde mediados de los '90, más que desde Seattle. Un renacimiento de la *crítica* pretende enfrentar al Imperio con los eslóganes, las recetas de los '60. Salvo que esta vez están fingiendo.

Están fingiendo la inocencia, la indignación, la buena conciencia y la necesidad de sociedad. Vuelven a circular toda la vieja gama de afectos socialdemócratas. De afectos *cristianos*.

Y de nuevo, las manifestaciones. Las manifestaciones mata-deseos. Donde no pasa nada.

Y que ya no manifiestan más que la ausencia colectiva.

Por siempre.

Para los nostálgicos de Woodstock, la ganja, mayo del '68 y la militancia, están las contracumbres. se ha reconstituido el decorado, *lo menos posible*.

Esto es lo que el *¿Qué hacer?* ordena hoy en día: ir hasta la otra parte del mundo para protestar contra la mercancía global

sólo para volver, tras un gran baño de unanimidad y separación mediatizada,

a someterse a la mercancía local.

De regreso, está la foto en el periódico... ¡Todos juntos solos!...  
Érase una vez...  
¡Vaya juventud!...  
Lástima por esos cuantos cuerpos vivos extraviados allí,  
buscando en vano un espacio  
para su deseo.  
Regresan un poco más fastidiados. Un poco más vaciados.  
Reducidos.  
De contracumbre en contracumbre, eventualmente lo  
entenderán. O no.

No se protesta contra el Imperio por su gestión. No *criticamos* al  
Imperio.  
Nos *oponemos* a sus fuerzas.  
Ahí donde estamos.  
Decir lo que a uno le parece sobre tal o cual alternativa, ir a  
donde *se* nos llame, todo esto ya no tiene sentido. No hay  
proyecto global alternativo al proyecto global del Imperio. Pues  
no hay proyecto global del Imperio. Hay una *gestión imperial*.  
Toda gestión es mala. Los que reclaman otra sociedad harían  
mejor comenzando por ver que no la hay. Y entonces tal vez  
dejarían entonces de ser aprendices de gestor.  
Ciudadanos. Ciudadanos *indignados*.

El orden global no puede ser tomado por enemigo.  
Directamente.  
Pues el orden global no tiene lugar. Al contrario. Es más bien el  
orden de los no-lugares.  
Su perfección no es ser global, sino ser *globalmente local*. El  
orden global es la conjuración de todo acontecimiento porque  
es la ocupación consumada, autoritaria, de lo local.  
Uno se opone al orden global sólo *localmente*. Por la extensión  
de las zonas grises en los mapas del Imperio. Por su puesta en  
contacto progresiva.  
Subterránea.

La política que viene. Política de la insurrección local contra la gestión global. De la presencia recobrada sobre la ausencia a sí mismo. Sobre la extranjería ciudadana, imperial. Recobrada mediante el robo, el fraude, el crimen, la amistad, la enemistad, la conspiración.

*Mediante la elaboración de modos de vida que también son modos de lucha.*

Política del tener-lugar.

El Imperio *no tiene lugar*. Administra la ausencia haciendo planear por todas partes la amenaza palpable de la intervención policial. Quien busca en el Imperio a un adversario contra el que medirse encontrará el aniquilamiento preventivo.

Ser percibido es, ahora, ser vencido.

Aprender a devenir indiscernibles. A confundirnos. Recuperar el gusto

por el anonimato,

por la promiscuidad.

Renunciar a la distinción.

Para frustrar la represión:

componer en el enfrentamiento las condiciones más favorables.

Devenir astutos. Devenir despiadados. Y para ello,

devenir cualesquiera.

*¿Cómo hacer?* es la cuestión de los niños perdidos. Aquellos a quienes no se ha dicho. Quienes tienen los gestos mal dudosos. A quienes nada les ha sido *dado*. Cuya creaturalidad, lerrancia, no deja de traicionarse.

La revuelta que viene es la revuelta de los niños perdidos.

El hilo de la transmisión histórica ha sido roto. Incluso la tradición revolucionaria nos deja huérfanos. El movimiento obrero especialmente. El movimiento obrero que se ha convertido en instrumento de una integración superior en el Proceso. En el nuevo Proceso, cibernético, de valorización social. En 1978, fue en su nombre que el PCI, el «partido de las manos

limpias», lanzó  
la caza de la Autonomía.  
En nombre de su concepción clasista del proletariado, de su  
mística de la sociedad,  
del respeto al trabajo, la utilidad y la decencia.  
En nombre de la defensa de los «avances democráticos» y el  
Estado de derecho.  
El movimiento obrero que sobrevivirá en el operaísmo.  
Única crítica existente del capitalismo *desde el punto de vista de  
la Movilización Total*.  
Doctrina temible y paradójica,  
que salvará el objetivismo marxista al hablar sólo de  
«subjetividad».  
Que conducirá a un refinamiento inédito la denegación del  
*cómo*.  
La reabsorción del gesto en su producto.  
La urticaria del *futuro anterior*.  
De lo que todo *habrá sido*.

La crítica se ha vuelto vana. La crítica se ha vuelto vana porque  
equivale a una ausencia. En cuanto al orden dominante, todo  
el mundo sabe a qué atenerse. Ya no necesitamos una teoría  
*crítica*. Ya no necesitamos ningunos profesores. La crítica gira a  
favor de la dominación, a partir de ahora. *Incluso la crítica de la  
dominación*.

Reproduce la ausencia. Nos habla desde donde no estamos. Nos  
impulsa a otra parte. Nos consume. Es cobarde. Y permanece  
refugiada  
cuando nos envía a la masacre.  
Secretamente enamorada de su objeto, no deja de mentirnos.  
De ahí los cortos idilios entre proletarios e intelectuales  
comprometidos.  
Esos matrimonios *de la razón* donde uno no tiene la misma idea  
de placer o libertad.

Más que nuevas críticas, son nuevas cartografías lo que necesitamos.

Cartografías no del Imperio, sino de las líneas de fuga fuera de él.

¿Cómo hacer? Necesitamos mapas. No mapas de lo que está fuera del mapa.

Sino mapas de navegación. Mapas *marítimos*. Herramientas de *orientación*. Que no buscan decir, representar, lo que hay dentro de los diferentes archipiélagos de la deserción, sino que nos indican cómo llegar a ellos.

*Portulanos.*

# III

ES MARTES 17 de septiembre de 1996, poco antes del alba. El ROS (Reagrupamiento Operativa Especial) coordina en toda la península el arresto de 70 anarquistas italianos.

El objetivo es poner término a 15 años de investigaciones infructuosas de anarquistas insurreccionalistas.

La técnica es conocida: fabricar un «arrepentido», hacer que denuncie la existencia de una vasta organización subversiva jerarquizada.

Después, acusar sobre la base de esta creación quimérica a todos aquellos a quienes se quiere neutralizar de formar parte de ella.

Una vez más, secar el mar para atrapar los peces.

Incluso cuando no se trata más que de un minúsculo estanque.

Y unos cuantos gobiernos.

Una «nota informativa de servicio» escapó del ROS en relación a este caso.

Expone su estrategia.

Fundada en los principios del general Dalla Chiesa, el ROS es el servicio imperial ejemplar de contrainsurgencia.

Funciona con la población.

Dondequiera que haya ocurrido una intensidad, dondequiera que algo haya pasado, es el *french doctor* de la situación. El que, bajo el disfraz de profilaxis,

coloca los cordones sanitarios para aislar el contagio.

Aquello que teme, lo dice. En este documento, lo escribe.

Aquello que teme es «*el pantano del anonimato político*».

El Imperio tiene miedo.

El Imperio teme que devengamos cualesquiera. A un medio delimitado,

a una organización combatiente. No les teme. Pero una constelación expansiva de ocupas, granjas autogestionadas, viviendas colectivas, concentraciones *fine a se stesso*, radios, técnicas e ideas. El conjunto reunido por una intensa circulación de los cuerpos y los afectos entre los cuerpos. Ése es otro asunto.

La *conspiración de los cuerpos*. No de los espíritus críticos, sino de las *corporeidades críticas*. He ahí lo que el Imperio teme. He ahí lo que lentamente adviene, con el incremento de los flujos, de la defección social.

Hay una opacidad inherente al *contacto* de los cuerpos. Y que no es compatible con el reino imperial de una luz que ahora ilumina las cosas *sólo para desintegrarlas*.

Las Zonas de Opacidad Ofensiva no están *por ser creadas*.

Ya están ahí, en todas las relaciones en que se produce una verdadera

puesta en juego de los cuerpos.

Lo que hace falta es *asumir* que formamos parte de esa opacidad.

Y dotarse de los medios

para extenderla,

para defenderla.

Dondequiera que logremos desarticular los dispositivos imperiales, arruinar todo el trabajo cotidiano del Biopoder y el Espectáculo para extirpar de la población una fracción de *ciudadanos*. Para aislar nuevos *untorelli*. En esa indistinción reconquistada

se forma espontáneamente

un tejido ético autónomo,

un plano de consistencia

secesionista.

Los cuerpos se agregan. Recuperan el aliento. Conspiran.

Que tales zonas estén condenadas al aplastamiento militar importa poco. Lo importa, es en cada caso

componer una ruta de escape lo suficientemente segura. Para reagregarse en otro lugar.

Más tarde.

Subyacente al problema del *¿Qué hacer?* era el *mito* de la huelga general.

Lo que responde a la cuestión *¿Cómo hacer?* es la *práctica* de la HUELGA HUMANA.

La huelga general permitía interpretar que había una explotación limitada

en el tiempo y en el espacio,

una alienación parcelaria, debida a un enemigo reconocible, y por tanto vencible.

La huelga humana responde a una época en la que los límites entre el trabajo y la vida acaban por difuminarse.

En la que consumir y sobrevivir,

producir «textos subversivos» y precaverse de los efectos más nocivos de la civilización industrial,

practicar deporte, hacer el amor, ser padre o tomar Prozac.

*Todo es trabajo.*

Porque el Imperio gestiona, digiere, absorbe y reintegra todo lo que vive.

Incluso «lo que soy», la subjetivación que no reniego *hic et nunc*, todo es productivo.

El Imperio ha puesto todo a trabajar.

Idealmente, mi perfil profesional coincidirá con mi propia cara.

Incluso si no sonrío.

Las muecas del rebelde se venden muy bien, después de todo.

Imperio, es decir, los medios de producción se convirtieron en medios de control al mismo tiempo que lo contrario se verificaba.

Imperio significa que de ahora en adelante el momento político  
*domina*

al momento económico.

Y contra esto, la huelga general ya no puede nada.

Lo que hay que oponer al Imperio es la huelga humana.

Que nunca ataca las relaciones de producción sin atacar al  
mismo tiempo

las relaciones afectivas que las sustentan.

Que socava la inconfesable economía libidinal,

que restituye el elemento ético —el *cómo*— reprimido en cada  
contacto entre los cuerpos neutralizados.

La huelga humana es la huelga que, en el punto en que SE  
esperaría

tal o cual reacción previsible,

tal o cual tono apenado o indignado,

PREFIERE NO.

Evade el dispositivo. Lo satura, o lo hace estallar.

Se recupera, prefiriendo

*otra cosa.*

Otra cosa que no esté circunscrita en los posibles autorizados  
por el dispositivo.

En la ventanilla de tal o cual servicio social, en las cajas de tal  
o cual supermercado, en una conversación educada, en una  
intervención de la poli,

dependiendo de la relación de fuerzas,

la huelga humana hace que el espacio entre los cuerpos adquiera  
consistencia,

pulveriza el *double bind* en que están capturados,

*los empuja a la presencia.*

Hay todo un ludismo por ser inventado, un ludismo de los  
engranajes humanos

que hacen girar el Capital.

En Italia, el feminismo radical ha sido una forma embrionaria de la huelga humana.

«*Basta de madres, mujeres e hijas, destruyamos las familias!*» era una invitación al gesto de romper los encadenamientos establecidos,

de liberar los posibles comprimidos.

Era un atentado a los comercios afectivos fracasados, contra la prostitución ordinaria.

Era un llamamiento a la superación de la pareja, como unidad elemental de gestión de la alienación.

Llamamiento a una complicidad, por lo tanto.

Práctica insostenible sin circulación, sin contagio.

La huelga de las mujeres llamaba implícitamente a la de los hombres y los niños, llamaba a vaciar las fábricas, las escuelas, las oficinas y las prisiones,

a reinventar para cada situación otra manera de ser, otro *cómo*.

La Italia de los años '70 era una gigantesca zona de huelga humana.

Las autorreducciones, los atracos, los barrios ocupados, las manifestaciones armadas, las radios libres, los innumerables casos de «Síndrome de Estocolmo», incluso las famosas cartas de Moro detenido, hacia el final, eran prácticas de huelga humana.

Los estalinistas hablaban entonces de «irracionalidad difusa», y esto lo dice todo.

Existen también autores  
cuya obra siempre está  
en huelga humana.

En Kafka, en Walser,  
o en Michaux,  
por ejemplo.

Adquirir *colectivamente* esa facultad de sacudir  
las familiaridades.

Este arte de frecuentar dentro de uno mismo  
al huésped más inquietante.

En la guerra presente,  
en la que el reformismo de emergencia del Capital debe tomar  
los hábitos del revolucionario para hacerse entender,  
en la que los combates más demócratas, aquellos de las  
contracumbres,

recurren a la acción directa,  
un papel nos está reservado.

El de mártires del orden democrático,  
que golpea preventivamente todo cuerpo que *pueda* golpear.  
Debería dejarme inmovilizar ante una computadora mientras  
las centrales nucleares explotan, mientras SE juega con mis  
hormonas o me envenena.

Debería entonar la retórica de la víctima. Ya que, como es  
sabido,

todo el mundo es víctima, incluso los propios opresores.  
Y saborear que una discreta circulación de masoquismo  
reencante la situación.

La huelga humana, hoy en día, consiste en  
rechazar desempeñar el papel de la víctima.

Atacarlo.

Reapropiarse la violencia.

Arrogarse la impunidad.

Hacer comprender a los ciudadanos atónitos  
*que si no van en la guerra están en ella de todos modos.*

Que cuando SE nos dice que es eso o morir, siempre es  
realmente  
eso y morir.

Así,  
de huelga humana  
en huelga humana, propagar  
la insurrección,  
donde ya sólo hay,  
donde somos todos,  
singularidades  
cualesquiera.